

Reseña: ¿Nos matan con heroína? Sobre la intoxicación farmacológica como arma de Estado.

Autor: Juan Carlos Usó.

Editorial: Libros Crudos. 268 páginas.

¿Nos matan con heroína? constituye un sólido trabajo de investigación socio-histórica que, zanja la discusión sobre si el Estado maquinó un plan maquiavélico para introducir heroína durante los ochenta en las zonas combativas del Estado español, especialmente en el País Vasco. Después de leer el libro, quien quiera considerar la heroína como arma de Estado deberá aportar pruebas contundentes. Juan Carlos Usó, analiza del derecho y del revés la hipótesis del envenenamiento masivo con heroína, para concluir sin ningún atisbo de duda, que se trata de una teoría conspirativa. Tales teorías funcionan a la perfección para expiar el fracaso político de determinados colectivos españoles, porque mejor que aceptar el descalabro, es más digno culpar al infausto Estado de matarles con heroína: «No se consiguieron los objetivos porque nos mataron con heroína» rezan las más fervientes voces defensoras la conspiración.

El hecho que el Estado español, a través de las fuerzas de seguridad, introdujera concienzudamente la heroína entre la juventud, se acepta sin ningún tipo de crítica entre grandes sectores de la izquierda radical, abertzales, okupas, y antisistema de toda condición. El autor demuestra la ausencia de cualquier dato fidedigno que demuestre la intoxicación premeditada. Los conspiranoicos aportan argumentos fundamentados en meras cábalas, o a lo sumo, en confesiones de algún confidente arrepentido. Aunque la prueba de carga de tal envenenamiento es la corrupción policial en el cuartel de Intxaurrondo, y la investigación realizada por el fiscal de San Sebastián, que cristalizó en el conocido «informe Navajas», el cual parece señalar una estrecha relación entre fuerzas de seguridad y tráfico de heroína (entre otras tropelías). En ningún momento se niega la corrupción y la implicación de la Guardia Civil de Intxaurrondo en el tráfico heroína, es más, aún se ofrecen más indicios sobre estos hechos, aunque se demuestra que una cosa es la corrupción motivada por afán de lucro, muy bien camuflada en los años de mayor intensidad en la lucha contra ETA, y otra cosa bien distinta es un plan orquestado por las más altas instancias de poder. Los fervientes defensores de la conspiración, a pesar de los pírnicos indicios que avalan el plan secreto del Estado, aprovechan cualquier seña que relacione heroína con policía para desenfundar, una y otra vez, la teoría de la heroína como arma farmacológica. Como así lo hizo, el mediático exlíder de Podemos, Juan Carlos Monedero en setiembre de 2014, para explicar el por qué ETA mataba camellos en Euskadi.

Antes de desgranar la cuestión del País Vasco, Usó mediante su característica forma de presentar los hechos históricos, muestra como la teoría del envenenamiento como arma de

Estado se ha utilizado recurrentemente para explicar diferentes pasajes de la Historia, en los cuales las drogas, especialmente el opio y sus derivados, adquieren un papel más o menos central. Encontramos relatos conspiranoides en las Guerras del Opio, para acusar al Imperio Británico de emponzoñar a los chinos, cuando en este país constaba una gran demanda de opio antes de las contiendas bélicas. También, acusaciones hacia la China Maoista de anegar Estados Unidos con heroína, durante los cincuenta y sesenta para corromper a la juventud del «mundo libre». Y, en consonancia, con el caso español, se considera que la desmovilización política de los Panteras Negras fue producto de la introducción masiva de heroína por parte de la CIA. El libro presenta otros casos sumamente interesantes. Las diferentes propuestas de la teoría conspirativa centran sus argumentos en la oferta, es decir, asumen que la mayor oferta es la responsable de los altos índices de consumo (y sobre todo de la alta incidencia de problemas), sin poner ninguna atención en la demanda. En última instancia, Usó nos muestra que si la CIA o el Estado español, fuesen responsables de los consumos de heroína, los consumidores representarían, más que víctimas involuntarias, cómplices necesarios para llegar a buen puerto el envenenamiento colectivo.

Más allá del argumento central del texto, se debe señalar que el lector encontrará referencias bibliográficas muy selectas y poco conocidas sobre la transición «democrática», el consumo de drogas en diferentes países y momentos históricos, las expresiones contraculturales, entre otros temas relacionados. Solo un gran historiador con el bagaje y la paciencia de Usó puede conocer y desmenuzar este tipo de testimonios. La mayoría de ellos fueron publicados hace más de treinta años y son casi desconocidos, no solo para el gran público, sino también para los expertos. Por tanto, el lector encontrará un tesoro en las notas, que la mayoría de ellas a la vez funcionan como referencias bibliográficas. Eso sí, el formato de notas a fin de texto, dificulta la lectura al tener que consultar continuamente las páginas finales.

En definitiva, Usó destaca una y otra vez, que en las argumentaciones conspirativas, sean de la índole que sean, olvidan el factor capital en la ecuación: el prohibicionismo. La prohibición como receta única en las políticas de drogas en todos los países del mundo, deviene la base de la teoría conspirativa. Si se conociese la trazabilidad del producto y los canales de distribución, se podría saber si la policía vendía la heroína que ella misma aprehendía. Pero la prohibición esconde todo tipo de malas prácticas, sin importar de que bando vengan, pero siempre pierden los más vulnerables.

El texto resulta incómodo e incluso una ofensa, entre quienes creen en el envenenamiento con heroína, pero como destaca el autor en el último capítulo, las teorías conspirativas funcionan a la perfección para modular una realidad decepcionante. Lo peor del caso, es que tendremos que escuchar acusaciones hacia el autor de quintocolumnista o cómplice del sistema por parte de los conspiranoides. Gramsci apuntó en sus cuadernos que «la Historia enseña pero no tiene alumnos», en el Estado español tenemos un buen alumno de la Historia: Juan Carlos Usó.